

Este aspecto tan variado hace del libro una fuente de informaciones de alta utilidad para todo el que se interese por el Brasil. La obra, que reproduce los prólogos de ediciones anteriores y está adecuadamente ilustrada, aparece bien impresa, por la misma editorial.

GASTÓN FIGUEIRA

SARA DE IBÁÑEZ, *Pastoral*.—Ediciones *Cuadernos Americanos*. México, 1948. 94 págs.

Este poema de Sara de Ibáñez editado por *Cuadernos Americanos*, honra a la vez a la editorial que lo publica y a la autora que la prefirió al enviar desde el sur el mensaje más reciente.

La lectura de *Pastoral* provoca el impulso de trazar únicamente elogios, por el placer que produce, al avanzar entre imágenes que se enlazan armoniosas. Quien quiera analizarlo, tendrá que detenerse en su estructura, a riesgo de repetir el ademán inútil del que pretende sujetar lo inasible.

*Pastoral* es un sostenido, ingenioso juego de la inteligencia. En la sonora ondulación de sus versos, la palabra confina con la música: el título y la división en tres tiempos, descubren tal propósito. El lector se desliza de estrofa en estrofa, dentro de un delicado ambiente poético; va por un mundo soñado, de preferencia vegetal, en el que le seducen las imágenes abstractas.

Alternan allí personalizaciones y despersonalizaciones; de Garcilaso y Góngora, se salta a Mallarmé y Valéry, en el airoso alarde; recrean el oído vocablos en los que descubriría afinidades la semántica —voces emparentadas por sutiles analogías y resonancias—, en ese orbe que preside una disciplinada simetría: fijo número de versos e invariable arquitectura de las estrofas, que alcanzan el mismo número, en los tiempos I y III, y en las que se renuevan los moldes clásicos. De las octavas reales proceden las irreales octavas del tiempo II —suelto el primer endecasílabo—, agrupadas de cuatro en cuatro estrofas.

Con secreto artificio, en su aparente libertad, se suceden las metáforas. Esta poesía rehuye la anécdota: Sara de Ibáñez se ha desligado ya

de lo transitorio, que aún aparecía en su anterior volumen —*Hora ciega*—, para adelantar desasida de lo cotidiano. Si usa la palabra “guerra”, es con una acepción que la aleja del presente afrentoso.

De seguro ella prefiere que para llamarla se emplee el término “poeta”, en vez de la voz femenina, porque en *Pastoral*, sin prescindir de la gracia y finura propias de una mujer, adopta al hablar en primera persona las terminaciones del masculino, que convienen al supuesto protagonista de este poema — retorno a lo pastoril, sin ligas con los convencionalismos de la bucólica neoclasicista.

Fiel a ese propósito, incierta entre el placer y el dolor, su mente va con ligereza; mas sin salir del límite que voluntariamente ella se impuso, quizás como reacción contra la libertad, estéril por desmandada, de épocas precedentes.

Si alguien busca, dentro de una expresión que da enérgico impulso a verbos pasivos, algo concreto, sugerente, lo hallará en este pasaje (3, VI):

No huyas, palomica, entre los setos.  
 Soy yo, el oscuro tafiedor de cañas,  
 el mínimo pastor de pies inquietos.  
 Tú asientes con praderas y montañas  
 a esta crecida del tesoro infuso  
 que ardiendo en flor gobierna mis entrañas.  
 La centella leal en que te asomas  
 blancos temblores en mi canto puso:  
 aun gira entre los mirtos inconcluso  
 oliendo a vaga sangre de palomas.  
 Yo rabadán de silbos y de brumas  
 partí contigo el viejo paraíso  
 al pulcro resplandor de tus espumas.  
 Tú sola quedas donde Dios te quiso.  
 Yo mendigo en el cerco de tus plumas.

Aquí el castellano se ha hecho apto para dar calidades y matices sin precedente en la lírica.

Hay algún verso como éste, en el que los acentos caen sobre la misma vocal y producen el efecto musical buscado:

“Yo que en la luz las ubres rubias hube”

y aliteraciones afortunadas, en otros.

Sara de Ibáñez maneja en *Pastoral* un restringido vocabulario que se caracteriza por el uso de ciertas voces —las preferidas—, en las cuales insiste sin que el número varíe, como: flauta, panal, trigo, sangre, pez, rosa, huesos, niebla, espuma, cordero, golondrinas, llagas, árbol, latidos, alas, miel, entre los sustantivos; áridos, salobre y pálido, entre los adjetivos; inaugurar y advertir, entre los verbos. Esa sencillez nutre su poesía.

Así como algunos escritores de la España renacentista daban cabida en sus obras a giros populares, la autora de *Pastoral* hace concesiones a quienes no tienen preparado el oído para percibir una música verbal perfecta, al comprimir algunas palabras, con sinéresis que pudo haber eliminado. Debe considerarse este sacrificio como una cortesía para el público habituado a escuchar esas palabras, en la misma forma, en versos populares.

¿Convendrá pedir a Sara de Ibáñez que destine su próximo libro exclusivamente a un grupo selecto, con preparación para escuchar su melodía más afinada?

FRANCISCO MONTERDE

FRANCISCO MONTERDE, *Moctezuma II, señor de Anáhuac*.—Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México. (1948). 147 pp.

*Moctezuma II, señor de Anáhuac*, es un libro poético; como a tal debemos acercarnos. Pero como la trama se desenvuelve sobre un fondo histórico, conviene advertir que éste se ha reflejado con verdad, con propiedad, sin que la calidad del poema se pierda al través de las páginas, del gran señor, muy señor, del Anáhuac.

Francisco Monterde —y esto merece nuestra admiración cumplida— ha sabido aprovechar las fuentes históricas, pero ha cuidado de seleccionar la literatura de extracción indígena, excepto importantes documentos publicados después de la primera edición de su libro, como los *Anales de Tlatelolco* y la *Crónica Mexicáyotl*. Los demás autores están presentes: el Libro XII de Sahagún, transmitido por indios, Tezozómoc